

Lo que sí dicen los astros: Arato y sus *Fenómenos*

PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA

Así como es difícil decir honestamente algo sustancioso acerca de Arato, en cambio se dicen con facilidad muchas cosas... de su obra.¹ Exceptuando un posible fragmento de alguno de sus himnos,² lo que nos queda de este escritor de los siglos IV-III a. de C. son los 1154 versos de sus *Fenómenos*, su gran poema. Ya en otra ocasión dije algo —publicado en esta revista— sobre el mismo tema; no sé por qué creo que hay que volver a hablar sobre lo mismo.

Es normal entender “algo anormal” ante la palabra *fenómeno*; sin embargo, cualquiera puede afirmar que, *per se* y originalmente, tal palabra sólo significa ‘lo que es visible’. Por lo mismo, el plural *fenómenos*, por ahora, sólo debe significarnos ‘cosas visibles’. Así se llama el gran poema de Arato, *Fenómenos*; es decir, *Cosas visibles*, y tan visibles que ya no las vemos, igual que, por común, cada vez resulta más raro ver conductas apegadas al sentido común. ¿Qué pasa? Lo de siempre, lo de hace milenios: “cantamos para ustedes con flautas, y no bailasteis; nos lamentamos, y no llorasteis”.³

Culturalmente, los *Fenómenos* se asocian al estudio de la astronomía, pura astronomía. No obstante, quien ignore esta ciencia no debe esperar ir muy lejos mediante una simple lectura de Arato. Al contrario, los muy peritos no deben leer este libro para aprender más de lo que saben... suponiendo que no ignoran las fuentes de su disciplina.

Ciertamente han leído este libro astrónomos y no astrónomos, y todos han aprendido algo. ¿Qué han aprendido? Por supuesto, algo o mucho de astronomía —siempre se puede aprender del otro. No obstante, se dice que en los *Fenómenos* puede aprenderse algo más; por ejemplo, la verdadera hermosura del cielo, disfrutando la ilusión de tener a la vista y en las manos, cómodamente, algo tan distante y digno de veneración: el cielo y sus leyes, sus constelaciones, el sol y la luna, los providenciales signos de Zeus, de Dios o, digamos, “del Cielo” —para quienes no gusten oír hablar ni de Dios ni de Zeus—.⁴ Recuérdesse que nadie ha negado la calidad de los versos y la inspiración de Arato.⁵

Un resumen breve, casi lacónico, pero interesante, de Arato y sus *Fenómenos* puede verse en el *Kleine Pauly*.⁶ Vale la pena citarlo ampliamente, de principio a fin, no sólo por quienes desconocen el alemán —más difícil en la redacción del artículo—,⁷ sino porque Böker es (o fue) buen conocedor de Arato (en la traducción, remito a nota los datos bibliográficos que el autor incluye en su texto):

⁴ Al respecto, cfr. Manfred Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen zum Sach- und Sinnverständnis (Hermes Einzelschriften, Heft 10), Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GmbH, 1967.

⁵ Cfr., no obstante, Quint., *Inst. Or.*, 10, 1, 55, cuyo técnico y casi mecánico juicio se justifica por el contexto épico y retórico en que se emite; sin embargo, deja pensar que, también en esos tiempos, Arato era considerado astrónomo o autor de un libro de astronomía excelente (según el final del comentario) y muy leído, circunstancia que obligó al profesor de retórica a comenzar su catálogo citando en latín el primer verso de los *Fenómenos*; cfr. *Id.*, 10, 1, 46.

⁶ Cfr. Robert Böker, en *KP*, s.v., *Arato* (4), vol. I, cols. 488-489.

⁷ No creo exagerar en este parentesis; M. Erren, al comentar algunos pasajes de este autor dice, por ejemplo: “aus seiner etwas verworrenen Darlegung an anderer Stelle glaube ich zu entnehmen, daß Böker...”. Y poco después: “auf dem pseudo-eudoxischen Globus wäre also, wenn ich Böker richtig verstehe, ...”. cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., p. 194, nota 2.

¹ En estas líneas, adelanto y preciso algunas ideas que acompañan a mi traducción de los *Fenómenos* de Arato, en prensa dentro de la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* de la UNAM.

² Cfr. A. Barigazzi, “Un frammento dell'inno a Pan di Arato”, en *RhM*, 97, 1974, pp. 221-246.

³ Cfr. *Lc* 7, 32.

Arato de Solos (en Cilicia), nació entre los años 315-305 a. de C.; fue amigo del joven Calímaco. En el año 277, por medio de Zenón de Citio, conoció a Antígono Gonatas, el rey de Macedonia, y fue llamado a la corte de Pela. De sus numerosas obras poéticas, sólo llegaron a nosotros sus *Fenómenos*, una obra originalmente considerada "científica", y luego degradada a ejercicios en la asignatura de gramática. Según Hiparco, los *Fenómenos* se dividen en tres partes claramente distintas: versos 1-450, fenómenos; versos 451-732, ortos simultáneos y ocasos simultáneos, y versos 733-1154, pronósticos según los signos. En conjunto, se trata de un poema didáctico⁸ que ha tenido un éxito enorme, duradero hasta nuestros días. Sobre sus comentaristas de gramática, léase a Knaack.⁹ Cicerón, Manilio, Germánico, Higino, Aquiles Tacio y algunos autores anónimos hicieron traducciones, paráfrasis y extractos de él.¹⁰ E. Honigmann habla de traducciones al árabe.¹¹ En alemán hay una reciente traducción de Schott, con bibliografía, particularmente sobre la iconografía aratea de las constelaciones.¹² Sólo muy raramente, los comentaristas han agregado algo útil a su acarreo de palabras tomadas del texto de Arato. Sin embargo, en las *Esféricas* de Vetio Valente (el intérprete en el esolío de Arato), de Germánico y de "Eudoxo", éstos tenían a la mano listas de ortos simultáneos que contenían más constelaciones de las que menciona Arato —y por cierto, justamente llamadas astronómicas—. ¹³ a. Los *Fenómenos*: en su crítica a la interpretación de Átalo, Hiparco supone que la temática de Arato proviene de Eudoxo.¹⁴ En este hecho hay que ver una arbitrariedad de atribución anterior a Hiparco: del mismo modo, a Tales, a Pitágoras y a Platón se les atribuyeron cosas no suyas, pero cuyo valor intelectual parecía ser digno de ellos. Mediante la lectura de un globo de precesión (cimentada en comprobaciones), con un buen registro de estrellas y buena técnica,¹⁵ pudo determinarse lo siguiente: la altura del polo de la esfera sobre la cual se hicieron las lecturas era de 33° (15-4 Sesentavos / 2), el punto cero de la enumeración yacía a 25° 34' de la eclíptica del año 1900, correspondiente a una época del 60 d. de C.;

el punto del coluro de primavera yacía exactamente a 15° al este de ahí, correspondiendo a una época aproximada al año 1025 (todo esto, mediante un condicionamiento puramente técnico e instrumental).¹⁶ b. Los Signos del tiempo son la paráfrasis poética de un texto básico peripatético,¹⁷ o mejor, de un extracto, insólitamente intrincado y corrompido, de dicho texto.¹⁸ Toda la literatura antigua sobre los Signos del tiempo ha transmitido irreflexivamente las mismas confusiones y desatinos.

No sé si alguien sienta curiosidad de ir a los *Fenómenos* de Arato después de leer esta monografía que debió ser escrita entre los años 1959 y 1967: se cita la traducción de Schott como reciente,¹⁹ y no se habla de las investigaciones de Erren.²⁰ Böker cita la traducción inglesa de Mair²¹ y la francesa de Martin;²² por lo mismo, ahora cabría agregar las nuevas traducciones hechas en dichos idiomas.²³ Esta monografía, a pesar del tiempo que ha pasado desde su publicación, resulta interesante por poner en la mesa, técnicamente, los datos astronómicos que se manejan en el poema de Arato, y por exponer al público la injusticia con que los astrónomos, a partir de Hiparco, le niegan al poeta Arato todo logro científico.

Por lo demás, han pasado muchas cosas después de esa publicación y, en general, después de los otros escritos de Böker. Para comenzar, estos escritos, según parece, no han sido muy leídos; por otro lado, hoy no se hacen afirmaciones tan rotundas sobre la vida de Arato. Hay que señalar, también, que la monografía pasa por alto el elemento filosófico (estoico) del poema, y que poco o nada dice sobre la

¹⁶ Cfr. van der Waerden, "Hist. of the Zodiac", en *AJO*, 16, 1953, p. 225.

¹⁷ Sobre ello, cfr. W. Knaack, *loc. cit.*, 397, 35; Böker, en *RE Suppl.* IX 1611 y ss.

¹⁸ Cfr. Schott-Böker, p. 114 y s. [véase la nota 12].

¹⁹ Cfr. Arato *Sternbilder und Wetterzeichen*, übersetzt und eingeleitet von A. Schott mit Anmerkungen und Nachtrag von R. Böker, München, Max Hueber Verlag, 1958.

²⁰ Cfr. M. Erren, *Die Phaenomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen...

²¹ Arato, con traducción al inglés de Gilbert Robinson Mair, en Calimachus, *Hymns and Epigrams*, Lycophron, con traducción al inglés de A. W. Mair, Arato (...), Londres, Cambridge, Mass., Harvard University Press, primera edición 1921 (The Loeb Classical Library, núm. 129).

²² Arato, *Phaenomena*, introduction, texte critique, commentaire et traduction par Jean Martin, Firenze, La Nuova Italia Editrice, 1956.

²³ Cfr., en alemán, Arato *Phaenomena: Sternbilder und Wetterzeichen*, griechisch-deutsch, ed. Manfred Erren, mit 23 Sternkarten von Peter Schimmel, München, Heimeran Verlag, 1971; en inglés, Arato, *Phaenomena*, edición, introducción, traducción y comentarios de Douglas Kidd, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, y en francés, Arato, *Phaenomenes*, editado, traducido y comentado por Jean Martin, París, Les Belles Lettres, 1998, 2 volúmenes.

⁸ Cfr. Kroll, en *RE* XII 1847 y ss.

⁹ Cfr. Knaack, en *RE* II 395, 58 y ss.

¹⁰ Cfr. J. Martin, *Hist. du Texte des Phénom. d'A.*, 1956.

¹¹ Cfr. E. Honigmann, en *Isis*, 41, 1950, pp. 30 y ss.

¹² Cfr. Schott-Böker, Arato, 1958 [para este dato bibliográfico que da Böker, mismo que se repite en la nota 18, véase la nota 19, donde doy los datos completos].

¹³ Cfr. Böker, *Entst. der Sternsph.* A.s, BSG math, Kl. 99, 1952. H. 5, 29.

¹⁴ Cfr. Manitius, *Comm. Hipp.* p. 287.

¹⁵ Cfr. Böker, *op. cit.*



Felipe Posadas

unidad y sentido del mismo. Al respecto, sólo se informa, remitiendo a Kroll, que se trata de un poema didáctico que ha tenido gran éxito, hasta nuestros días; no dudo de que, al leer tal sentencia, los lectores —y con razón— hagan un gesto: ¡cuál gran éxito! Quizá las siguientes líneas nos den una idea sobre este aspecto:

esta obra no era ningún experimento teórico en el campo de la poesía; habría podido despertar incluso intereses y esperanzas financieras. Por eso, el poema de Arato tuvo el éxito avasallador que todos reconocen: ciertamente no por su exquisitez poética, como mucho se especula, sino a causa de su contenido. Se reprodujo muchas veces, y fue cargado con muchos comentarios referentes al contenido, como sucede únicamente con los autores que son interesantes por su contenido. No fue su forma, sino su contenido, lo que dio cuño a la formación escolar en la antigüedad tardía y durante la temprana edad media.²⁴

Cabe agregar que los *Fenómenos*, visible, funesta y casi editorialmente, muchas veces se han dividido en dos par-

tes, una división también antigua, y tan fuerte, que, fijando como límite de la primera parte el verso 732, algunos escolios hablan del “comienzo de otro libro muy útil para la vida, el cual se llama *Señales del cielo*”.²⁵ Esta división es anterior al César Germánico y más vieja que Cicerón; quizá también procede de Hiparco, que termina su comentario más o menos a la altura de estos versos. Uno y otro —Cicerón y Germánico—, según se ve, sólo tradujeron hasta el verso 732, es decir, la parte astronómica del poema o, de otro modo, lo que se consideró durante muchos siglos como el libro de texto de astronomía del poeta Arato.

¿Qué decir de estas divisiones? Que, como son naturales en la lectura, pueden ser fatales en la comprensión del poema. Nada más natural que decir, por ejemplo, que la *Ilíada* se divide en 24 partes, o rapsodias; sin embargo, nada sería más fatal que afirmar que, dadas dichas divisiones, se trata de 24 partes distintas entre sí, es decir de 24 rapsodias que no están relacionadas por un hilo o tema único que da uni-

dad y coherencia a un sólo poema. Lo mismo puede decirse de los *Fenómenos* de Arato, sobre todo en cuanto a la bipartición: sin duda, la primera parte habla de 48 constelaciones, y de sus ortos y ocasos simultáneos, teniendo aquí como referencia cada uno de los 12 signos del zodiaco, y la segunda, de muchos signos que pronostican “los vientos o las tormentas o aguas que vienen / el mismo día, después de éste o, incluso, ya en el tercero”.²⁶ Al respecto, se dice que, si el poema de Arato actualmente se comprende mal, no hay que echarle tanta culpa a las divisiones que se le hacen, sino a la falta de unidad con que éstas se miran.

Manfred Erren, abogando por la unidad del poema, plantea las consecuencias del dividirlo, en los siguientes términos:

ello significa reconocer la autonomía de las disciplinas que se exponen, y considerar a Arato como un “poeta didáctico” que, con su poema, sólo quiere ofrecer esas disciplinas, y no otra cosa. Quien piensa que un poema didáctico es una hora de clase en versos, será adoctrinado por Arato en tres materias: en astronomía para principiantes (primera

²⁴ Cfr. Jean Martin, *Scholia in Aratum Vetera*, Stuttgartiae in aedibus B. G. Teubneri, MCMLXXIV, p. 371, 11-12.

²⁶ Cfr. versos 1130-1131.

²⁴ Cfr. Manfred Erren, “Las constelaciones en la antigüedad”, en *Nova tellus*, 17, 1, 1999, p. 109.



Felipe Posadas

parte), en astronomía para iniciados (segunda parte) y en meteorología (tercera parte); en tal caso, no tiene importancia si el poeta Arato trabaja a partir de un manual determinado al cual versifica, o si expone su clase libremente, con base en su repertorio de conocimientos personales.²⁷

¿Qué quiso Arato? Se han dicho, y se dicen tantas cosas, que resulta casi imposible afirmar algo que no sea, o bien puramente repetitivo, o bien tirado de los cabellos. Por lo mismo, si hay que decir algo, diré que estoy en favor de un único poema y, con la esperanza de colocar al lector entre los espectadores de los *Fenómenos*, sin seducirlo hacia alguna interpretación particular (y descabellada), intentaré comunicar, más o menos ordenadamente, algo de lo que se revuelve en mi cabeza tras mi experiencia de lector y traductor de Arato.

No se puede leer ni traducir a Arato sin comentarios, y ante la lectura de éstos, distrae el darse cuenta de que, frente a los *Fenómenos*, estamos ante un caso más en donde hay problemas de recepción, de esos que resultan cuando luego, o inmediatamente después de la edición, se malinterpretan las intenciones del autor: a un siglo de la publicación, Átalo nos presenta al poeta Arato como un gran

²⁷ Cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., p. 231. Para esta misma cuestión, cfr. W. Ludwig, "Die Phainomena Arats als hellenistische Dichtung", *Hermes*, 91, 1963, pp. 425-448; id., *RE Suppl.* 10, 1965, cols. 26-39; id. + D. Pingree, "Manfred Erren, *Die Phainomena des Aratos*. Untersuchungen...", *Gnomon*, 43, 1971, 346-354.

maestro de astronomía; casi como en respuesta, el famoso Hiparco de Nicea, le saca a Arato, a primera vista con justicia, todos sus trapitos al sol, diciendo y *probando* que sólo puso en verso un tratado de Eudoxo, y que comete errores.²⁸ Justos o injustos, estos comentarios distraen de la lectura y del poema, hacen desconfiar de Arato, y envían al lector a ver cómo estaba la astronomía del poeta o, de otro modo, qué astronomía se nos enseña.

Según dice Hiparco, el poema de Arato nos presenta la astronomía de Eudoxo, algo de lo que se le atribuye a Eudoxo: la astronomía de sus *Fenómenos*. ¿Existiría este libro?²⁹ ¿Hay en los versos de Arato alguna teoría astronómica personal, producto de cálculos matemáticos? Ninguna, hasta donde se sabe. Sin embargo, se sabe que,

hoy por hoy, su poema es para nosotros la más antigua representación del cielo que nos dejaron los griegos.³⁰ Sin darse cuenta, el lector ha caído en la trampa: ya piensa que hay identidad entre Arato, *Fenómenos* y astronomía; dicho de otro modo, el lector piensa que los *Fenómenos* de Arato equivalen a la primera parte de la obra.

A partir de los comentarios de Hiparco, toda la tradición ha sostenido que los *Fenómenos* del poeta Arato sólo son una muy buena versificación de los *Fenómenos* del astrónomo Eudoxo, aunque con algunos errores. La crítica es doble: Arato únicamente sigue a Eudoxo, y comete errores. En cuanto a lo primero, valga decir que poco a poco, después de más de veinte siglos, salta a la vista que se exagera o se malinterpreta la dependencia de Arato con respecto a Eudoxo; casi lo mismo debe afirmarse en cuanto a lo segundo, y puede agregarse que ello explica el comentario de Cicerón.³¹ La frecuencia con que el orador exagera y la ma-

²⁸ Cfr. Hipparch, 1, 1, 8.

²⁹ Cfr. *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, ed. François Lasserre, Berlín, Walter de Gruyter, 1966, pp. 39-66. La mayoría de los fragmentos que nos quedan de dicho libro están tomados de los *Fenómenos* de Arato, o del comentario de Hiparco a los *Fenómenos* de Arato (y Eudoxo), o de algún otro comentario al poema de Arato. Erren hace notar que, si Eudoxo hubiera escrito una obra semejante, ésta lo habría hecho ya en vida más famoso de lo que lo hizo su teoría de las esferas concéntricas, que sólo se leía en círculos exclusivos; cfr. Manfred Erren, "Arat und Aratea 1966-1992", *Lustrum*, 1994, Band 36, p. 232.

³⁰ Cfr. J. Martin, en Arato, *Phénomènes*..., p. xcvi.

³¹ Sin contexto, se cita a Cicerón diciendo que Arato era "un ignorante en astronomía", *hominem ignarum astrologiae*; cfr. Cic. *De oratore*, I, 69.

levolencia —o, siendo más benignos, la ingenuidad— de los lectores, han provocado que su frase, fuera de contexto, parezca un ataque contra la competencia astronómica del poeta. Cabe asegurar que Cicerón, al elaborar su juvenil traducción de los *Fenómenos* de Arato, se ayudó de los comentarios de Hiparco, y es casi seguro que ingenuamente se tragó las críticas.

Ante las críticas de Hiparco y la defensa de Átalo de Rodas, poco más viejo pero contemporáneo de Hiparco, cualquier lector se pregunta cómo y por qué, un siglo después de la edición, se tomaron posturas tan opuestas ante el mismo fenómeno de Arato. ¿Quién tenía la razón? Hacia 1952, Böker parece haber sentenciado el caso más o menos en los siguientes términos: "tanto la desesperada *salvación* que Átalo quiso hacer de Arato, así como la crítica del gran Hiparco fueron intentos hechos sobre una esfera celeste malentendida".³² Ello, en cuanto a la competencia astronómica de Arato. En cuanto a su dependencia de Eudoxo, según parece, el libro que Hiparco encontró en su biblioteca no era de Eudoxo, sino de un listo que, para darle autoridad a su manual, lo publicó bajo el nombre del gran Eudoxo, y a partir de entonces se habla del Pseudo-Eudoxo.³³ Sobre el mismo tema, muy recientemente surge la tesis de que "las semejanzas entre Eudoxo y Arato se explican mejor, si se piensa que el primero, Eudoxo, no ha hecho más que adaptar torpemente al segundo, a Arato".³⁴

³² Cfr. Robert Böker, *Die Entstehung der Sternsphäre Arats*, Sber. Leipzig, nat.-math. Klasse, Bd. 99, H. 5, 1952, y K.P., s.v. Attalos (7). El mismo Böker, en 1958, anotaba: "en mi investigación *Die Entstehung der Sternsphäre Arats* he demostrado que es imposible que Eudoxo mismo haya redactado una descripción del cielo tan indigna de confianza como la que reproduce Arato sin reparo. La fuente que Arato extracta incompletamente debió estar bastante descompuesta a causa de una larga transmisión" (cfr. *Arato Sternbilder und Wetterzeichen*, übersetzt und eingeleitet von A. Schott mit Anmerkungen und Nachtrag von R. Böker..., pp. 81-82).

³³ Cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., pp. 159-200; id., en *Arato, Phainomena...*, p. 126 y 131 ss., y R. Böker, en *Arato Sternbilder und Wetterzeichen*, übersetzt und eingeleitet von A. Schott mit Anmerkungen und Nachtrag von R. Böker..., pp. 81-82.

³⁴ Cfr. J. Martin, en *Arato, Phénomènes...*, p. xci: "les similitudes entre Eudoxe et Aratos s'expliquent mieux si le premier n'a fait qu'adapter maladroitement le second"; esta afirmación está precedida de esta otra: "il me semble qu'il y a là l'une des raisons les plus fortes de penser que les *Phénomènes* attribués à Eudoxe par Hipparque, loin d'être le modèle d'Aratos, sont dérivés de son poème", y antes de ésta, Martin acaba de hacer un breve análisis a la descripción de las constelaciones que hace Vitruvio en el libro IX de *De architectura*. Esta descripción, según Kaibel (*Aratea*, pp. 93 y ss.) se remonta más o menos directamente a los verdaderos *Fenómenos* de Eudoxo, y no se parece a los *Fenómenos* del (falso) Eudoxo de Hiparco; por tanto, el Pseudo-Eudoxo deriva de Arato, quien (variándolo de acuerdo con sus objetivos) siguió al verdadero Eudoxo.

Irrita tener que aceptar que el gran Hiparco haya escrito tan a la ligera, y en una doble vertiente: primero, cuesta aceptar que, como astrónomo, no haya notado que el libro de Eudoxo que tenía en su biblioteca no era del gran Eudoxo de Cnidos; que se tomara tan en serio una astronomía para principiantes, y que, en lo que toca a la astronomía para iniciados, no haya apuntado que era imposible atribuir a Eudoxo unos desatinos que ni su peor alumno hubiera escrito. Segundo, nos cuesta, aunque más bien da pena, ver que ya entonces se daba una lamentable deformación académica: que los científicos no entiendan de humanidades, y viceversa: cuesta y da pena afirmar que el astrónomo Hiparco no tuvo mayor idea de lo que quiso decir el poeta Arato.

A estas alturas, pensando que se está ante una tarea imposible, al lector le dan ganas de mandar a Arato a la hoguera, y sus *Fenómenos* a la basura: ni uno ni otro, ni Átalo ni Hiparco entendieron lo que Arato quiso decir, y los dos confundieron *Fenómenos* con astronomía, con la primera parte, mientras la otra, la de meteorología, exceptuando sus influjos puramente poéticos,³⁵ cayó en el olvido, ¿quién les cree a los meteorólogos? Todo esto sucedía unos cien años después de la primera edición del poema; sería interesante saber más acerca de cómo recibieron este libro, cómo leyeron a Arato sus contemporáneos. Sin embargo, al respecto, casi sólo nos queda el terreno de las conjeturas.

Es posible que Arato haya redactado su poema hacia el 276 a. de C.; es seguro que lo leyeron sus contemporáneos, sus colegas que, sin duda, también habían leído a Eudoxo, y puede afirmarse, en honor a la buena fama de Hiparco, que éste no ignoraba estos datos. Por lo mismo, resulta curioso que Hiparco diga que "la mayoría dudaba"³⁶ que Arato le debiera a Eudoxo; al respecto, si la gran mayoría dudaba, sólo cabe pensar que, o en tiempos de Arato aún no existía tal libro de Eudoxo, o ya existía y, dado el caso, la imitación de Arato, o era tan evidente que no había necesidad de decirlo, o era muy peculiar: quizá todos sabían que Arato y su poema perseguían otros objetivos, no precisamente astronómicos, y que Arato tenía el derecho de trabajar sobre la base de alguna fuente astronómica; si esa fuente había

³⁵ Hay algunos ecos de meteorología en Calímaco, en Teócrito y en Apolonio de Rodas, entre los griegos; entre los latinos, es imposible leer a Virgilio, *Geórgicas*, I, 351-460, sin pensar en Arato, versos 909 y siguientes, por ejemplo.

³⁶ Cfr. Hipparch, I, 2, 1 y 1, 1, 3 donde se dice que ya muchos otros han escrito comentarios sobre los *Fenómenos*. Al respecto, Martin, en *Arato, Phénomènes...*, p. xciv, comenta que nadie tendría por qué haber dudado, si hubiera tenido a la vista los libros de que habla Hiparco.



Felipe Posadas

sido Eudoxo, y más aun, los *Fenómenos* de Eudoxo, era lo de menos.

¿Qué sucedió realmente? Desde luego, es posible que Arato haya querido un texto de astronomía y de meteorología, un poema didáctico sobre esos asuntos, ¿por qué no? Lo que enseña casi es impecable. Sin embargo, no es muy creíble que haya pensado en un poema de pura astronomía: no se explicarían fácilmente muchas cosas; sobre todo, la relación tan íntima que hay entre cada una de las tres partes del poema. Resulta, pues, más aceptable que haya querido un poema didáctico de astronomía y meteorología, pero uno muy peculiar, uno que, como posteriormente las *Geórgicas* de Virgilio, y como el *De la naturaleza de las cosas* de Lucrecio, osaba tratar un tema científico desde los cánones de la poética, quizá una nueva poética, una cuyas intenciones van mucho más allá del simple y eternamente sospechoso poema didáctico.³⁷

Ya vale preguntarse qué tanto de astronomía, qué tanto de meteorología realmente sabía Arato o, de otro modo, qué tan astrónomo y meteorólogo era Arato. La respuesta,

³⁷ Sobre el tema, cfr. Bernd Effe, *Dichtung und Lehre. Untersuchungen zur Typologie des antiken Lehrgedichts*, München, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1977 (= *Zetemata*, 69).

aunque con muchos bemoles, es simple: Arato sabía, por lo menos, tanto cuanto nos enseña en sus versos; ya en la III biografía de Arato se dice que "saber realizar una buena paráfrasis supone competencia en la astronomía"³⁸ y —cabe agregar— en meteorología. Más aún, según se verá en seguida, es seguro que Arato sabía un poco más de lo que nos enseña en su trabajo. Si saber lo que se enseña (y algo más) implica el ser astrónomo, es otra cuestión, cuya respuesta es tan simple como la de decidir si, en nuestros días, los astrónomos necesariamente imparten clases de astronomía y si son matemáticos todos los que dan clases de matemáticas o si es lingüista el que escribe algún libro de gramática. En las dos últimas cuestiones, puede responderse que, si no son matemáticos ni lingüistas, por lo menos saben algo acerca del tema que enseñan. ¿Dice algún autor de éstos todo lo que sabe al respecto? Lo más seguro es que no, o que todo depende de sus objetivos y destinatarios.

En la primera parte de su poema, Arato, unos trescientos años a. de C., describe el cielo, adornándolo con 48 constelaciones: casi exactamente las mismas de hoy.³⁹ Al leer los *Fenómenos* de Arato, sería bueno hacerse de alguna esfera o de unos mapas celestes, para seguir el argumento astronómico del poema.⁴⁰ En los tiempos de Arato, quizá más que ahora y por varias razones, la ciencia de la astronomía era una asignatura oficial en los programas educativos; tal vez obligatoria, sin duda de moda, si uno se imagina el humor del astrónomo Conon que, a mediados del siglo III a. de C., descubrió entre las constelaciones del León y del Boyero la cabellera de Berenice,

³⁸ Cfr. Jean Martin, *Scholia in Aratum Vetera*..., pp. 17, 22-24.

³⁹ "Estas figuras, en parte, llegaron junto con la inmigración de los pueblos indoeuropeos; en parte, fueron introducidas a Grecia, desde la Babilonia persa, por los filósofos jonios y por marineros; algunas, sobre todo el grupo de la familia de Cefeo, fueron inventadas durante la Grecia clásica, y de otras, como Hércules y la Corona del Sur, no tenemos más testimonio que la fuente de Arato (citada por Hiparco), o el mismo poema de Arato"; cfr. M. Erren, en Arato, *Phainomena*..., p. 125.

⁴⁰ "Arato ciertamente habla a su lector como a alguien que quiere aprender, pero también, como a alguien que, con base en su nacimiento en un pueblo civilizado, participa desde un principio de las ideas de unos antepasados cultos y de las doctrinas de grandes filósofos y científicos. Así, él ya no le muestra el cielo estrellado como debe mirarlo un tonto y primitivo, sino que le da al mismo tiempo la interpretación válida, le presenta, bien preparado, el alimento espiritual de la ciencia, en cuanto que le muestra unos signos que, como el alfabeto y Homero, no son principio y semilla de los conocimientos humanos, sino el resultado ya maduro, un fruto que ha crecido a lo largo de muchos siglos"; cfr. M. Erren, en Arato, *Phainomena*..., p. 118.

desaparecida misteriosamente del templo donde ésta la había depositado para el buen éxito de la campaña de su esposo Tolomeo.⁴¹ Arato, pienso, sólo indirectamente enseña astronomía: en cuanto que los lectores deben estudiarla, si quieren llegar bien al sentido del poema.

Aunque provoque fastidio, debe aceptarse que, de alguna manera, los *Fenómenos* son más novedosos para el lector moderno que para sus destinatarios originales: ellos jamás se preguntaron, como nosotros, sobre el sentido de esos ortos y ocasos simultáneos de las constelaciones; ellos sabían lo que a nosotros nos costó siglos redescubrir: que en el fondo se hallaba una astronomía náutica (y para navegantes), y que, lo que es un tanto impreciso desde el punto de vista de un astrónomo profesional, no tiene por qué serlo en la práctica de los marineros. Aquellos lectores a quienes se dirigía Arato, jamás sufrieron, como hoy nosotros, tratando de imaginar, por ejemplo, ese sinuoso Dragón que, muchísimo más que a las Osas, enreda y pierde a los lectores actuales, en una de las descripciones astronómicamente más precisas de los *Fenómenos*: ellos, igual que Arato, tenían nítidas en la memoria las historias e imágenes de las constelaciones, o, enfrente, una esfera que ponía a girar sus pensamientos alrededor de un cielo impecablemente estrellado: de la esfera al poema, del poema al cielo y del cielo a la esfera para volver al poema: ¿qué nos dice la astronomía, qué más pueden enseñarnos las ciencias?

Cualquier lector podía ver en cualquier esfera lo que Arato describe en la primera parte de sus *Fenómenos*, las constelaciones, y la materia que se presenta en la segunda parte de los mismos debió de existir en docenas de libros que circulaban en aquellos tiempos, materia que, casi indudablemente, muchos estudiantes y marineros sabían de memoria: los ortos y ocasos simultáneos son para eso, para retenerlos en la memoria y usarlos en el momento oportuno. Casi es posible decir lo mismo de la tercera parte del poema, la sección de meteorología: cuando Arato escribió sus *Fenómenos* todos disponían, mínimamente, de ese tratado en prosa titulado *De signis*, atribuido a Teofrasto, y del cual, según se ha dicho secularmente, Arato extrajo su temática. Sobre este asunto, todos admiten que Arato sigue una fuente anterior a él; casi todos afirman que dicha fuente es dicho tratado de Teofrasto. No obstante, es posible que Arato haya tomado de la misma fuente de donde copió Teofrasto, de una más antigua; de una que, según se puede

ver en estos autores, tiene muchos detalles tan poco aristotélicos, y tan directamente relacionados con las doctrinas de Anaxágoras que, al menos una parte de la meteorología de Arato y de Teofrasto, debe remontarse a dicho autor, a Anaxágoras, sin contar otros detalles meteorológicos, los cuales, sin duda, provienen de la sabiduría y de las creencias populares.⁴²

Así que, independientemente, de si Arato era o no astrónomo y meteorólogo, él, como cualquier autor moderno de un texto de astronomía o de lo que sea, se documentó en otros libros y creyó de manera razonable en ellos, igual que nosotros en nuestros días, sólo que, como hace notar Manfred Erren, nosotros tenemos mejores libros que Arato. No saber apreciar toda esa tradición que Arato encontró en los libros de su época y supo transmitirnos con tanta elegancia sólo es un signo más de nuestros tiempos. ¿Es mala la astronomía de los *Fenómenos* y por eso Arato es un cero a la izquierda en la historia de la astronomía? No; su astronomía es buena, tan buena que muy bien pudo funcionar en su tiempo como texto de astronomía náutica; un siglo después, Hiparco se puso a pulirle algunos detalles y el libro funcionó, en general, como texto de astronomía, bien acreditado, hasta la Edad Media. Sin embargo... se nos ocurren tantas cosas al respecto. ¿Qué quiso escribir Arato? ¿Una poesía? ¿Un tratado de astronomía y meteorología? No es fácil decidirse por tan sólo una de estas opciones: para ser poesía, es demasiado astronómica y meteorológica, y para ser una obra de astronomía y meteorología, resulta demasiado poética. Por tan científica, se le echaron encima los lunáticos, y por tan poética, se le negaron sus grandes valores científicos. ¿Qué quiso Arato?

Arato, decíamos líneas arriba, sabe más de lo que dice. A ningún buen poeta —y menos a uno de la época helenística— se le puede acusar de negligencia en cuanto a la presentación del tema de que se ocupa: conscientemente dice lo que escribe y voluntariamente calla lo que omite. En nuestro caso, lo que expresa el poeta y, de manera curiosa, algo de lo que sin duda evita decir, puede funcionar en la búsqueda de sus objetivos.

Leyendo los *Fenómenos* de Arato, resulta muy interesante darse cuenta de cuántas cosas sabía y no las dice; por

⁴¹ La celebración que se hizo de este descubrimiento puede verse en Calímaco, fr. 110, Pf. (vol. I, p. 112) y, mejor, en la traducción de Catulo, LXVI.

⁴² Cfr. M. Erren, en Arato, *Phainomena*..., p. 130. Hablando del redactor de la primera fuente, Böker dice que debió ser alguien con poco sentido crítico; de lo contrario, no hubiera dejado ir, por ejemplo, los disparates que escribe a propósito del Pesebre y sus Asnos; cfr., Böker, en Arato *Stem-bilder und Wetterzeichen*, übersetzt und eingeleitet von A. Schott mit Anmerkungen und Nachtrag von R. Böker..., p. 114.

ejemplo, casi al principio de su poema, al describir a las Osas, mucho más que de constelaciones, habla de mitología. La colación de constelaciones resultaría un aburrido catálogo si no estuviera envuelta en la inspiración del poeta: fuera de ésta y de algunos mitos, todo se reduce a casi sólo dar el nombre de constelaciones y su lugar en el cielo: Arato pudo hablar más, como lo hizo en el cetro del Dragón. Cuando termina la lista de constelaciones, es decir, de las estrellas fijas, uno espera las estrellas errantes, los planetas, y efectivamente, Arato sigue con los planetas; sin embargo, sólo nos dice que no se siente capaz de hablar de ellos; esto es increíble: sabemos que Arato escribió el *Canon*, relativo al movimiento musical de los planetas. En seguida, antes de presentar los ortos y ocasos simultáneos de las constelaciones, habla de los círculos que ciñen la esfera celeste, de los dos trópicos, del ecuador y de la eclíptica, empero, se olvida de los coluros, no se ocupa de la rotación que hace la esfera diariamente, ni describe las distintas relaciones de las estrellas con respecto al horizonte: sabía muy bien todo esto, según las indicaciones que hace al hablar, por ejemplo, de la cabeza del Dragón; del Toro y del Auriga; del Carnero, con respecto a Cinosura; de los Peces, etcétera.

Casi lo mismo podría afirmarse a propósito de los detalles que se dan sobre la luna o, mejor dicho, sobre sus fases y sobre las demás señales meteorológicas que se encuentran en la tercera parte del poema. Arato no dice todo lo que sabe; él sabía cuán caprichosamente nos coquetea la luna en sus rondas mensuales: todos lo sabían; se trataba del problema de la calendarización del tiempo a que ya se ha hecho mención en líneas anteriores. Sin embargo, presenta las fases de la luna como si se tratara de algo tan regular y preciso como todo lo que puede verse en el cielo y, por si esto fuera poco, comienza preguntándole al lector si no se ha dado cuenta de ello.⁴³ Además, y finalmente, en la fuente donde abrevaba Arato había muchísimos signos meteorológicos; no habla de todos, él mismo lo dice: "¿Cómo te cuento tantas señales / que se dan a los hombres?"⁴⁴ Arato sólo presenta algunos signos: hay que suponer una selección hecha por él de acuerdo con su criterio personal, guiado por los objetivos de su poema que, dadas estas y otras características, no parece querer ser un texto de astronomía

y meteorología en el sentido estricto del término: ninguno, si sabe, se guarda lo que debe decir, cuando es preciso decirlo, sin motivos y sin razones. Parece, pues, que, mediante estas omisiones, Arato dice que lo que dice es suficiente para lo que verdaderamente quiere decir.

¿Qué quiere decir Arato? Es una cuestión de exégesis que le queda al lector, igual que la tarea de analizar la estructura del poema y el estilo de Arato. Si no hay que terminar estas líneas bruscamente, valga apuntar que, a partir de los detalles que se han señalado, puede pensarse que Arato, en los *Fenómenos*, no quiere ofrecer un manual de teoría (astronómica y meteorológica) sino, más bien, cantar la teoría de los fenómenos celestes y poner al lector en contacto con ellos,⁴⁵ con unos fenómenos que, según se ve y se deduce de las ciencias, obedecen impecablemente a una ley universal, a una ley que, por fortuna, es benigna y providencial con nosotros, con el género humano: llámese como se quiera, para él era Zeus, de quien somos hijos⁴⁶ en el sentido que se quiera.

Las constelaciones y sus ortos y ocasos simultáneos se apegan milimétricamente a una ley, son precisos y cósmicos (= ordenados), sin importar si a Arato o a sus fuentes se les haya escapado algún detalle; de la misma manera se dan los fenómenos meteorológicos, a pesar de que (porque "aún no todos / los designios de Zeus saben los hombres")⁴⁷ fallen todos los sistemas de alarmas preventivas. Por ello, Arato invita a estudiar los fenómenos, para conocerlos mejor y, o ponernos de su lado o ponerlos del nuestro a cada paso: no hay que esperar milagros concretos ni horóscopos favorables, parece decir el poeta, porque lo que resulta bueno para uno resulta malo para otro; se trata de conocer el funcionamiento de la naturaleza, ese que, desconocido, daña a unos y favorece a otros, y "así, tristes e inestables unos por esto y otros por lo otro / vivimos los humanos";⁴⁸ por ello, en seguida agrega que todos debemos estar "prestos a descubrir / los signos que doquier hay y a marcarlos para el futuro".⁴⁹ Si existe un milagro, está en que cuanto ha sucedido, sucede y sucederá, se da invariablemente de acuerdo con las leyes de la naturaleza: "si estudias juntamente todos los signos..., / nunca, a partir del éter harás pronósticos a la ligera".⁵⁰ Así termina el poema. ♦

⁴³ "Considerada más atentamente, esta pregunta resulta una verdaderamente audaz patraña retórica; quien verdaderamente sigue los fenómenos lunares con sus propios ojos tiene que negar esa pregunta: los signos de la Luna que describe Arato no se ven en el cielo"; cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., p. 235.

⁴⁴ Cfr. vv. 1036-1037.

⁴⁵ Cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., p. 240.

⁴⁶ Cfr. verso 5, y Hch 17, 28.

⁴⁷ Cfr. versos 768-769.

⁴⁸ Cfr. versos 1101-1102.

⁴⁹ Cfr. versos 1102-1103.

⁵⁰ Cfr. versos 1144-1145.